

Haití: los signos inesperados

Carlos María Gutiérrez Periodista uruguayo, asesor editorial de "El Diario de Caracas".

En Haití, donde la dictadura dinástica de los Duvalier ha cumplido un cuarto de siglo, aparecen multiplicados indicios de inestabilidad política. Casi doce años después de haber sucedido a su padre François, o **Papa Doc**, el joven presidente vitalicio Jean-Claude, o **Baby Doc**, jaqueado desde 1971 por la oposición moderada y de izquierda, enfrenta ahora signos más inesperados: el abierto descontento de la burguesía oligárquica, la denuncia de la iglesia católica por la violación de los derechos humanos y la protesta del campesinado por condiciones de vida y de ingreso ya insoportables.

No se trata todavía de un proceso de cambio, pese a que ciertos gestos de Duvalier destinados a apaciguar a la opinión pública internacional y, sobre todo, a los gobiernos que proporcionan ayuda financiera a Haití¹, pueden confundirse con el inicio de una apertura política. Esos gobiernos han ejercido ciertas presiones económicas y diplomáticas sobre un país cliente demasiado escandaloso: entre 1981 y 1982 la ayuda exterior disminuyó en 142 millones de dólares; en su Iniciativa para la Cuenca de Caribe, el presidente Ronald Reagan ha destinado a Haití unos insignificantes cinco millones; un informe gubernamental en Canadá define al régimen de Duvalier como "una cleptocracia".

Baby Doc procura, lógicamente, concitar las esperanzas sobre la democratización cercana. "Quiero ser recordado por la Historia dijo en un discurso en diciembre pasado como el que construyó la democracia en Haití". En mayo convocó a las primeras elecciones municipales en 25 años, presunto paso hacia la liberación del sistema. Pero Sylvio Claude, jefe del Partido Demócrata Cristiano y candidato a alcalde de Puerto Príncipe, fue detenido con anterioridad, junto a su abogado y a otros tres opositores y, como era previsible, el oficialismo obtuvo la victoria.

Los haitianos han aprendido a no confiar en las aperturas políticas de **Baby Doc**. En 1976, aparentemente dócil a las ideas del presidente James Carter, el presidente vitalicio promulgó una ley de amnistía que autorizaba el regreso de los exiliados y permitió la instalación en el país de una Liga por los Derechos Humanos. Pocos meses después, casi todos los activistas que regresaron habían desaparecido y al año siguiente se sistematizaba el nuevo procedimiento represivo: en vez de ejecuciones, desapariciones, que alcanzaron en 1977 a 4.762 de los 4.867 presos políticos reconocidos.

¹ Principales anualidades de la ayuda exterior: Canadá, 10 millones de dólares; RFA, 10 millones de dólares; Francia, 6 millones; Estados Unidos, 4,4 millones.

Los nuevos adversarios

La oligarquía haitiana es uno de los grupos que, según muchos, podría imponer condiciones a **Baby Doc**. Hasta su muerte en 1971, François Duvalier rigió férreamente el usufructo familiar de la economía del país y sólo toleró compartirlo con sus cortesanos. Pero su hijo debió pactar la toma del poder con la alta burguesía intermediaria, una **élite** mulata de terratenientes, comerciantes e importadores, compuesta por 6.000 familias con ingresos anuales superiores a 54.000 dólares, que controla el 46 por ciento de la economía y paga sólo el 3,5 por ciento de los impuestos recaudados. Poco después, admitía incorporarla de hecho a la conducción del Estado, mediante una alianza matrimonial con Michelle Bennett Pasquet, hija del hombre de negocios Ernest Bennett, una de las principales figuras de la oligarquía mulata.

En una buena muestra de la gravitación oligárquica sobre Duvalier, Bennett logró defenestrar al ministro de Hacienda Marc Bazin, designado en 1982 para investigar la corrupción gubernamental y sanear las finanzas. Bazin, hombre de los norteamericanos y liberal moderado, presentó indudables conclusiones sobre el trasego de los fondos de ayuda a los bolsillos de la **élite** mulata y, en especial, a los del grupo Bennett. Seis meses después, dimitía y se radicaba en Estados Unidos.

Con efectivo poder político, la ambición de la oligarquía apunta ahora a suplantarse la dinastía con sus propios hombres. A ello se añade su desconfianza del inepto presidente y su alarma ante la baja de los precios mundiales del café, el azúcar y la bauxita, compartida por las transnacionales encargadas en Haití de producir esos rubros. De algún modo, piensan esas fuerzas, los Duvalier han completado su ciclo y **Baby Doc**, pese a sus empeños, sigue siendo la imagen del pasado. En el paquete de la reclamada racionalización de la economía podría incluirse el del relevo político.

La iglesia católica era, por lo menos hasta la visita de Juan Pablo II en marzo pasado, uno de los bastiones del régimen. En 1966, **Papa Doc** había logrado un concordato con Juan XXIII, por el cual se le permitía designar a los prelados de la Jerarquía haitiana. Jean-Claude heredó esas buenas relaciones, reforzándolas por el parentesco del arzobispo de Puerto Príncipe, Francis Wolfe Ligonde, quien es primo de Michelle Bennett. Pero después de la severa admonición de Juan Pablo II sobre los derechos humanos violados y la miseria del pueblo, pronunciada por el Papa en el rostro de Duvalier, los obispos haitianos empezaron a expresar abiertamente su denuncia de la represión. Monseñor Wolfe ha comenzado, a su vez, a no desautorizar a los obispos más combativos. La toma de distancia de la Iglesia es ya visible. Ernest Bennett, asumiendo personería por el gobierno, ha salido a la prensa para acusar a la Jerarquía (y al Papa, indirectamente) de "estrategia marxista".

Un tercer frente, abierto desde 1980, se ha tornado desagradablemente espectacular para Duvalier: el de la agitación campesina, secretamente estimulada por un movimiento sindical que se reorganiza, ante las indecibles situaciones de miseria y desocupación. La vecina zafra azucarera de la República Dominicana ocupa a 30.000 haitianos, pero durante el resto del año el mercado de trabajo dominicano sólo puede emplear a un 2,5 por ciento de esa mano de obra. El desempleo afecta en Haití a un 80 por ciento de la población rural, o sea, a alrededor de un millón 200 mil campesinos. Las empresas agrícolas de capital norteamericano han adoptado, según indica Fritz Thibaud², "arcaicas formas feudales de explotación" para la minoría ocupada, con jornales de 1,5 dólares por 12 horas de labor. Desde 1980, los campesinos han elegido huir de esas condiciones, que rebajan la expectativa de vida promedial a 51 años, mediante la emigración clandestina. Esta ha pasado de fenómeno económico a problema político. Al medio millón de haitianos ya residentes en Estados Unidos, se han agregado en los últimos dos años otras varias decenas de miles, que se dirigen por el mar a ese país, las Bahamas, Jamaica o las Antillas francesas. Los **boat people** haitianos aceptan el triple riesgo de ser capturados (la huida es un delito sancionado por Duvalier con la pena de muerte), ahogarse en el trayecto o ir a parar a las cárceles de la Florida bajo perspectivas de deportación. Se trata, virtualmente, de una resistencia pasiva, pero causa a **Baby Doc** más perjuicio político y mala opinión internacional que las acciones de la oposición violenta.

El presidente vitalicio tampoco puede confiar demasiado en el ejército, reiteradamente purgado durante la última década. La debilidad militar deliberadamente provocada por su desconfianza, deja a Duvalier confinado a depender de los cuerpos policíacos y contrainsurgentes: los antiguos voluntarios para la Seguridad Nacional, o **tontons macoutes**, los Leopardos y una tercera unidad de especialistas, entrenada por las **Special Forces** norteamericanas, la S-3. Los S-3 son otra muestra de inestabilidad del régimen; reclutados entre la juventud universitaria y la de las familias acomodadas, están destinados a vigilar el comportamiento político de las clases altas.

La otra oposición

Parte de la oposición exterior, cuyos mandos principales están en Estados Unidos, Canadá y Venezuela, parece inclinada a la vía violenta, por ahora, lo cual también la condena a un proceso más azaroso. Un ejemplo de ello es la Brigada Héctor Riobé, cuyo jefe, Jean-Louis Luis-Jean, la fundó hace dos años en Montreal y afirma haber sido entrenado por los palestinos en Libia y el Líbano. La Brigada reclama haber organizado dos frustrados intentos de asesinato de Duvalier (en julio de 1982 llevó por aire un comando y, en enero de este año, hizo explotar un auto cargado con dinamita en una ruta presidencial). Bernard Sansaricq, con su Partido

² Las cifras relativas al sector rural proceden del excelente y poco conocido libro del profesor Thibaud (quien está exiliado en Venezuela), "Haití: el asalto al cielo".

Popular Nacional Haitiano, es otro de los partidarios de la guerra revolucionaria. Su partido, con sede en la Florida organizó a principios de 1982 la también fracasada invasión de la isla Tortuga, donde casi todos los 30 miembros de la expedición fueron exterminados.

Por otra parte, el Partido Social Cristiano de Gregoire Eugéne y el Partido Demócrata Cristiano (PCD) de Sylvio Claude, con respaldo de la Democracia Cristiana Internacional, prosiguen jugando, en medio de notorias dificultades, a la improbable carta de una apertura política conducida por el propio Duvalier, aunque no por ello vean reducida su persecución dentro del país.

A fines de 1982 surgió la posibilidad de una acción táctica combinada entre las vías pacífica y violenta: Luis-Jean y Sansaricq se reunieron entonces en Miami con Leslie Manigat, cuya Unión de Demócratas Nacionales Progresistas opera en Venezuela. También se dijo que habían participado en este contacto delegados del PSC y el PDC.

Por ahora, apenas una conclusión parece firme sobre un futuro cambio político en Haití: la apertura verdadera sólo podrá iniciarse mediante actos a los que **Baby Doc** se vea obligado, no mediante los que el dictador disponga por su cuenta.

Principales anualidades de la ayuda exterior: Canadá, 10 millones de dólares; RFA, 10 millones de dólares; Francia, 6 millones; Estados Unidos, 4,4 millones.

Las cifras relativas al sector rural proceden del excelente y poco conocido libro del profesor Thibaud (quien está exiliado en Venezuela), "Haití: el asalto al cielo".

Referencias

Thibaud, HAITI: EL ASALTO AL CIELO. -

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 66 Mayo-Junio 1983, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.